

## ¿TIENE SENTIDO INDAGAR ACERCA DE LA HISTORIA DE LA MENTE?

FERNANDO GABUCIO<sup>1</sup>  
*Universidad de Barcelona*

"La mente es, en parte, un artefacto cultural, un conjunto de conceptos, formado y modelado en el contacto con los productos de actividades letradas. Estos artefactos forman parte del mundo al igual que las estrellas y las piedras con las que una vez se confundieron. La invención de estos artefactos puso un sello imborrable en la historia de la cultura; aprender a enfrentarlos pone un sello imborrable en la cognición humana"

(Olson, 1994)

### RESUMEN

En este trabajo se explora la posibilidad teórica de hablar de una historia de la cognición o de una historia de la mente. Algunos autores, como David R. Olson, están proponiendo que el desarrollo de la escritura y de la cultura escrita a lo largo de la historia ha generado cambios psicológicos fundamentales para nuestra comprensión del mundo. Dicha tesis no es epidérmicamente cultural sino que posee importantes implicaciones de orden psicológico. Lo que aquí se persigue es delinear el sentido específico en el que este investigador concibe y justifica su propuesta teórica. No se trata tanto de entrar a discutir la tesis propuesta como de intentar entender los términos y supuestos teóricos en los que se basa.

**Palabras clave:** Cognición, Historia de la Escritura, Historia de la Lectura, Pensamiento, Psicología Cultural, Historia de la Cognición

### ABSTRACT

In this paper we explore the theoretical possibility to speak about history of cognition or history of the mind. Some authors, like David R. Olson, propose that development of writing and wrote culture have impinged psychological changes on our comprehension of the world. This thesis is not

---

<sup>1</sup> E-mail: fgabucio@psi.ub.es

just epidermically cultural, but assumes very important psychological implications. Here we try to extract the sense this researcher conceives and justify his theoretical proposal. We don't discuss the proposed thesis but we try to understand the exact terms and assumptions it is based on.

**Key words:** Cognition, History of Writing, History of Reading, Thinking, Cultural Psychology, History of Cognition.

Suele admitirse que la manera de formular una pregunta es un determinante importante del tipo de respuesta que puede llegar a alcanzarse. Los términos que se admiten en la pregunta pasarán muy posiblemente a formar parte de la respuesta. Las alternativas que la pregunta contiene definirán seguramente el campo de las respuestas posibles. El lugar hacia el cual la pregunta apunta escoge el territorio en el que se buscará la solución. Bajo estos supuestos, nos interesa cualquier forma de plantear cuestiones acerca de la relación entre historia y psicología. La forma más común de hacerlo consiste en interrogarse acerca de la historia de la psicología, de sus teorías, enfoques o prácticas de investigación. Una forma bastante menos común, es decir, una pregunta mucho más infrecuente, es la de si la mente tiene una historia. Se entiende aquí que, en principio, la pregunta se formula en su sentido literal. La historia de las investigaciones y los descubrimientos acerca de lo mental no es la historia acerca de la propia mente. Pero, ¿acaso la mente tiene una historia? ¿Qué significa esa pregunta, qué supuestos maneja con respecto a lo que es la mente?

Si, como decimos, las preguntas determinan en buena medida las posibles respuestas, las preguntas sobre cuestiones poco tematizadas, es decir, poco estudiadas, contienen un valor añadido de dificultad y de determinación de la direccionalidad con respecto a dónde y cómo encontrarles respuestas. Pueden incluso dar por supuesta una pertinencia insuficientemente justificada. ¿Es este el caso de las preguntas anteriores?

Hay al menos dos tradiciones de investigación propiamente psicológicas que no solo admitirían la pregunta acerca de la historia de la mente sino que muy posiblemente la considerarían una pregunta absolutamente relevante. Una es la inaugurada por el propio Wundt en su "psicología de los pueblos" (1911/1990). Tal campo de investigación quería atender al estudio de las formas superiores y complejas de actividad psicológica. Pero suele asumirse que el trabajo de Wundt en esa línea no tuvo prácticamente desarrollo ulterior (Cole, 1999), al menos desde un punto de vista socioacadémico. Lo que habría tenido continuidad de las propuestas wundtianas habría sido muy especialmente la práctica del laboratorio, ampliada posteriormente también, eso sí, a los llamados procesos psicológicos superiores. La segunda tradición es la vigotskiana. El propio Vi-

gotski escribió una "Historia de los procesos psicológicos superiores" (1931/1995). El problema es que aquella obra, que sí que comenzaba planteando el problema en términos estrictamente históricos, redirigía casi inmediatamente su discurso teórico hacia el plano del desarrollo ontogénico.

Fuera del ámbito psicológico, la idea de una historia de la mente no sería tan extraña a líneas de investigación de otras diversas disciplinas. Podrían mencionarse contribuciones sociológicas, antropológicas e históricas. Lo que aquí nos proponemos es examinar un trabajo reciente cuya intención teórica cae de lleno en la (pertinencia de la) pregunta acerca de la historia de la mente. Dicho trabajo, que es el fruto de varias décadas de investigación, y bebe en todas las fuentes mencionadas (y en muchas otras), tanto psicológicas como no psicológicas, es el libro de David R. Olson titulado "El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento" (1994/1998). El alcance teórico de lo que el libro plantea, la riqueza de fuentes de inspiración de sus tesis, el material empírico que repasa, la amplitud de los momentos y las revoluciones conceptuales que estudia es tal que sería presuntuoso, y sencillamente imposible, someter a comentario y crítica el conjunto de sus planteamientos. En lugar de eso vamos a concentrar nuestra atención en algunas de las preguntas que formula y en cómo las formula. Son las preguntas que tienen que ver, desde luego, con la noción de una historia de la mente.

Ese recorte tiene una doble intención. Por una parte, asimila la complejidad de la cuestión a lo que aquí, en razón de tiempo y espacio, es posible abordar. Pero, por otra, nos permite concentrarnos en esa formulación de cuestiones a la que nos referíamos. Eso es algo que, aunque está en el corazón de la investigación de Olson, va a la vez mucho más allá. Entendemos que para una gran parte de las tradiciones de investigación psicológicas, incluidas algunas cuyo eje de trabajo es la propia historia de la psicología, carece prácticamente de sentido interrogarse acerca de la historia de la mente. Entonces, cuando se hace, ¿en qué términos se da sentido a la pregunta? ¿cuál es su alcance? ¿cómo se construye la formulación de cuestiones?

## ESCRITURA Y COGNICIÓN

El objetivo del trabajo de Olson es nada menos que el de "mostrar cómo nuestra comprensión del mundo, es decir, nuestra ciencia, y nuestra comprensión de nosotros mismos, es decir, nuestra psicología, son producto de nuestras maneras de interpretar y crear textos escritos, de vivir en un mundo de papel", como le gusta decir (op. cit. pp. 39). Por tanto, el

eje fundamental de las diversas dimensiones teóricas del libro es el de la relación entre la escritura y la cognición, y sus significativas repercusiones para la constitución de la mente actual, que sería una mente letrada, marcada, o mejor dicho constituida, por las imborrables huellas de la cultura escrita tal como ha ido elaborándose y difundándose a lo largo de la historia de la humanidad.

Nuestro autor señala como precedentes de su propio esfuerzo de investigación algunos trabajos de cuño sociológico que han contribuido a lanzar la idea de la determinación del cambio cognitivo por el cambio social (Durkheim y Weber), pero señala inmediatamente que tales propuestas han tenido dos severas limitaciones (para sus propios intereses). La primera y más obvia es la de no haber tomado en consideración el papel de la escritura en relación con el cambio social y cognitivo. La segunda tendría que ver con el hecho de que los aspectos psicológicos de esas teorías han venido a ser los menos desarrollados en esas líneas de trabajo: "la cuestión de cómo la cultura podría afectar a la cognición ha sido dejada de lado" (op. cit. pp. 34), cuando lo que hace falta es precisamente "una teoría o conjunto de teorías que expliquen el modo en que la escritura se relaciona con el lenguaje, la mente y la cultura" (op. cit. pp. 34).

Más allá de esas contribuciones sociológicas habría habido, en el siglo veinte, otras dos grandes teorías psicológicas que habrían dado una explicación inversa a la de las anteriores. Habrían tratado de explicar el cambio social a partir del cambio cognitivo. Una, muy criticada e incluso desacreditada en su formulación original, pero recuperable en formulaciones más suavizadas, de las que el libro de Olson, como luego veremos, pretende ser un ejemplo, sería la que Levy-Bruhl (1923) proporcionó acerca del pensamiento primitivo (para una similar actitud de reconsideración de la obra de Levy-Bruhl, puede verse también Cubero, 1997). La otra corriente teórica estaría representada por la llamada "escuela de Toronto" (McLuhan, Havelock, Innis, Goody), a la que Olson mismo se adscribe, y se caracterizaría por sus intentos de explicar diferencias culturales, y cognitivas, en términos de tecnologías de la comunicación tales como el alfabeto primero y la imprenta después.

Un modo distinto de señalar la dirección del esfuerzo teórico de nuestro autor puede consistir en decir que es una especie de extensión o ampliación de la tesis de la relatividad lingüística. Si Whorf (1956) pretendió dar cuenta de cómo la lengua que se habla es un determinante fundamental de qué y cómo se es capaz de pensar, Olson le parafrasea diciendo que "realizamos una introspección de nuestra lengua en términos de las categorías establecidas por nuestra escritura" (op. cit. pp. 18), una especie de relatividad de segundo grado, sólo que lo hace, naturalmente, con todas las precauciones teóricas que las diversas críticas a las tesis de Whorf hacen necesario (para algunas revisiones del tema puede consul-

tarse Cole y Scribner, 1977, Garhnam y Oakhill, 1996, Varela y otros, 1992).

Lo dicho debe servir para dar una ligera impresión de por dónde van las intenciones teóricas del trabajo de referencia, pero ahora debemos atender al asunto que muy particularmente nos interesa plantear aquí: ¿en qué sentido, y con qué presupuestos, y hasta con qué palabras, asume Olson una noción de historia de la mente?

## TÉRMINOS PARA UNA HISTORIA DE LA MENTE

El asunto es espinoso y resbaladizo. Prueba de ello son los mismos vaivenes teóricos del propio Olson, tan patentes en su escritura, plagada de citas, discusión teórica, diálogo con múltiples interlocutores, matizaciones continuas, circunloquios, afán de precisión, desmarque de ideas e implicaciones y afiliación teórica simultánea a puntos de vista que otros considerarán rebatidos. Los temas teóricos son significativos, las implicaciones de todo orden, delicadas, y el territorio discursivo resulta, casi paradójicamente, a la vez trillado y abandonado, a la espera de una roturación firme y fructífera. Olson es más que consciente de todo ello. Por nuestra parte, y dado ese panorama, procuraremos destilar un pronunciamiento perfilado y claro, pero respetuoso a la vez con la extrema intención de no simplificar demasiado.

No es fácil encontrar investigadores que pongan tantas trabas, y de una manera tan rigurosa y sistemática, al desarrollo de su propia línea de defensa teórica como es posible constatar en el libro de Olson. La noción de una historia de la cognición es vital para su proyecto de investigación, como requisito previo y como consecuencia teórica, ambas cosas. El libro no se sostiene sin ella. Sin embargo, hay muchos momentos en que su autor parece argumentar más en contra que a favor de dicha noción (me refiero muy en particular a la primera parte del segundo capítulo, que es donde el tema se aborda directamente, aunque esté presente como una constante en el resto del libro, que está configurado, en muy buena medida, como un libro de historia de la relación entre escritura y cognición).

Organicemos esos argumentos contrarios, y por lo tanto limitadores, para el alcance de la noción. En primer lugar, es obvio que la escritura y la cultura escrita tienen una historia y son logros históricos. Es también obvio que diferentes personas pertenecientes a diferentes culturas poseen creencias distintas con respecto a toda una variedad infinita de cuestiones. En tercer lugar, es también obvio que la constitución del pensamiento adulto tiene también una historia evolutiva (está pensando en la caracterización que de ésta hace Piaget). Pero aquí se acaba lo obvio. No es ya obvio que esas personas pertenecientes a diferentes culturas tengan "dife-

rentes modos de pensar", en el sentido de diferentes epistemologías. "... si la cognición humana, la racionalidad humana ("¿la racionalidad tienen una historia?"), es siempre y en todo lugar casi la misma, entonces la cognición no tiene una historia, y podemos despachar sin más la teoría que conecta cognición y cultura escrita" (op. cit. pp. 42). El resultado del primer asalto es claramente negativo para nuestra cuestión.

En el segundo asalto no nos va a ir mejor. Sigo entresacando pronunciamientos: "Desde luego, todos los individuos son racionales; la racionalidad forma parte de la definición de un ser humano" (pp. 43). Además, la "unidad psíquica de la humanidad" no está en cuestión: "uno de los logros más notables de un siglo de investigación antropológica es el descubrimiento de que los individuos son notablemente similares en cuanto a las formas de hablar y de pensar" (pp. 43). Una extensa cita de un texto de Levi-Strauss (1966) avala la idea de que el hombre neolítico era ya heredero de una tradición "científica". Aquí empieza, no obstante, a abrirse alguna fisura. La comentaremos enseguida, pero antes debemos estar dispuestos a encajar de nuevo en un tercer asalto.

No hay seres humanos de los que no podamos predicar que poseen todas y cada una de las funciones psicológicas típicas de cualquier texto de introducción a la disciplina: sensación, percepción, pensamiento, memoria, lenguaje. El argumento implícito está claro: la historia de la cognición, sea lo que sea, no puede consistir en la sucesiva aparición, en escala histórica, de esas funciones. Cierta estructura psicológica no es el producto de adquisiciones culturales, sino, con toda probabilidad, biológicas. Algunas respuestas deben estar en la filogénesis, y no en la historiogénesis. ¿Entonces, qué margen le queda a una historia de la cognición?

Aquí toca pasar al contraataque. Volvamos a la fisura anunciada. El propio Levy-Strauss —estoy tras los pasos argumentativos de Olson— habría distinguido entre esa ciencia concreta del hombre histórico temprano y la más abstracta y basada en símbolos propia de la ciencia occidental. Entonces, "no es infundado suponer que, así como la ciencia práctica tiene una historia, el pensamiento basado en símbolos también la tenga" (pp. 44). Si bien no tiene sentido sugerir una historiogénesis del conjunto de los procesos cognitivos básicos, sí que puede tener sentido suponer una historia de la percepción, de la inferencia, de la memoria: "es válido suponer que las técnicas, tecnologías, sistemas, esquemas, formas y formatos para gobernar esos procesos podrían haber cambiado y, en realidad, tendrían una historia" (pp. 45). En cuanto al pensamiento, que es probablemente el proceso de más interés para Olson, tendría "una historia en el sentido de que las culturas han desarrollado y acumulado prácticas, conceptos y categorías para pensar el lenguaje, el mundo y el ser" (pp. 45). Eso no significa que no haya más que una sola historia que contar. Cada cultura podría tener la suya, pero precisamente a nosotros nos in-

teresa la de la nuestra, la de "nuestros 'modernos' o privilegiados modos de pensamiento" (pp. 45).

El planteamiento de Olson camina por el filo de la navaja que representa una expresión como la de "formas de pensar" o "modos de pensamiento". Vale tanto para "lo pensado" en el sentido de un conjunto de creencias, como para "el pensar" entendido como una función o actividad. Y parece que no quiere decantarse por ninguno de esos dos sentidos. O que, en realidad, aludiendo explícitamente al primero está queriendo dar a entender simultáneamente el segundo, que cambios en "lo pensado" tienen como consecuencia alteraciones y novedades en "el pensar". Puede que en esas expresiones se resuma la tensión conceptual inherente al discurso de Olson, que quiere circular por una vía nítidamente psicológica pero proviene de un origen sociológico e histórico. El propio Olson admite un poco más adelante que algunas "hipótesis, por ser históricas, no se avienen con las pruebas psicológicas" (pp. 60). Estamos, por tanto, en medio de un tremendo esfuerzo por conciliar, en el sentido de compatibilizar o de armonizar en un único discurso, fuentes teóricas y empíricas de disciplinas distintas y alejadas, que tienen por costumbre ignorarse más que escucharse mutuamente. Eso convierte la empresa en muy difícil y en muy atractiva.

Es muy posible que cuanto más en general se plantee la hipótesis que vincula el desarrollo de la cultura escrita con una historia de la cognición, más difícil resulte hacer de ella una hipótesis verosímil. Quizá, por el contrario, cuanto más se especifiquen contextos particulares para esa relación, más gane en credibilidad. Eso, desde luego, sería congruente con los mismos orígenes de las hipótesis que dan cuenta de cambios en el pensamiento a partir de cambios sociales. Es el "otro ángulo" que Olson sugiere adoptar para afrontar la cuestión. La historia, como disciplina, "describe modos particulares de pensamiento y formas de discurso que caracterizan determinados períodos históricos y determinados grupos sociales" (pp. 43). Nada tiene de extraño, en principio, referirse al "pensamiento legal, religioso o científico de la Grecia socrática (o) de la Inglaterra medieval" (pp. 43). Esa es la mirada también de un Marx cuando afirma que lo que hacemos determina cómo pensamos, y no al revés, o de un Durkheim cuando propone que "el cambio social puede entrañar en paso de conceptos religiosos a conceptos científicos" (pp. 46), o de un Weber cuando sugiere "un vínculo entre la Reforma y el auge del capitalismo" (pp. 47).

Aún así, aunque esas teorías históricas y sociológicas proporcionen argumentos y ejemplos de cambios en las formas de pensar ligados a cambios sociales, sigue quedando abierta, para Olson, una cuestión: "asignarle una prioridad a la diferenciación entre cambios sociales y cambios psicológicos" (pp. 46). Desde luego que en el caso de las teorías

históricas y sociológicas recién aludidas la cosa está clara. Son los cambios sociales los motores o los instigadores o los determinantes de los cambios psicológicos. Pero, en mi opinión, no está claro que Olson asuma esa misma posición, al menos con rotundidad. No ya sólo porque desplaza el peso explicativo hacia la relación entre escritura, entendida en parte como tecnología y en parte como desarrollo cultural, e historia de la cognición, ni porque Olson sea psicólogo, sino más bien porque pretende mantener (y promover) el interés de hipótesis cognitivas junto con las de carácter histórico y sociológico, algo que hace del suyo, en este territorio, un trabajo poco común. Dicho de otra manera, es excepcional que psicólogos de orientación cultural y cognitiva intenten siquiera hacer aportaciones, con sus herramientas teóricas, a la historia de la cultura.

Así que Olson se alinea en el intento de una explicación cognitiva junto con Levy-Bruhl, no porque acepte el valor explicativo de una noción como la de "pensamiento primitivo", sino porque considera que el antropólogo francés "estaba muy cerca de la explicación correcta" (pp. 49). Explicar en qué sentido esto es así es ya definir el punto de partida de la propuesta de Olson de cara a dar sentido a la noción de una historia de la cognición (pero no, ni mucho menos, los puntos de llegada de su propuesta teórica para la relación entre cultura escrita y cognición y sus implicaciones, también cognitivas, para la interpretación de diversas revoluciones conceptuales a lo largo de la historia, incluida la revolución científica). ¿Cuál es, pues, la hipótesis cognitiva que Olson propone?

Una, desde luego, que es congruente con los objetivos teóricos que se ha marcado. En la terminología de Levy-Bruhl el pensamiento mágico se atribuía a que "la mente no diferencia entre signo y causa". Esa noción, reformulada en lenguaje actual, apuntaría a que "el pensamiento tradicional tenía dificultades para manejar la relación entre la cosa y la representación de la cosa, pues creían que la representación era portadora de algunas de las propiedades de la cosa representada" (op. cit. pp. 50). A eso le llamaríamos hoy metonimia. Olson sostiene que lo que tal término designa sigue perfectamente arraigado en el presente en la medida en que no es infrecuente que tomemos imágenes como algo que encierra las cosas de las que son signos. Prueba de ello sería el desasosiego que nos generan conjuntamente el cuadro y la leyenda al pie que René Magritte tituló "Esto no es una pipa". No obstante, ahora seríamos capaces de distinguir y de establecer un límite estricto entre la representación y lo representado, es decir, entre la propia metonimia, en la que el símbolo es una parte de la cosa representada, y la metáfora, en la que el símbolo simplemente representa algo.

Aunque Olson (op. cit.), muy probablemente, no pretende señalar la existencia de algo así como dos grandes estadios en el desarrollo histórico-cognitivo, al modo en el que sí que lo había propuesto Levy-Bruhl



(pensamiento prelógico y pensamiento lógico), su propuesta, hasta aquí, no acaba, lamentablemente, de deshacerse de esa radical simplificación. No lo formula tan crudamente, pero parece que esté sugiriendo que debemos hacer la sustitución de "prelógico" por "metonímico" y de lógico por metafórico. La clave de transición, ya lo hemos dicho, sería la indistinción o la distinción entre lo representado y la representación. En la metonimia no acaba de darse la clara distinción entre una cosa y otra y, en cambio, en la metáfora sí. Un planteamiento crudo de esta índole no nos sacaría de lo que Goody (1977/1985) llamó, críticamente, el problema de la "gran dicotomía". El maestro del propio Olson se refería con ello a la omnipresente tendencia a caracterizar una gruesa comparación (y frontera) entre sociedades primitivas y avanzadas en pares de términos dicotómicos. Se habrían propuesto diferentes pares a tal efecto (primitivo/avanzado, salvaje/domesticado, tradicional/moderno, frío/caliente, cerrado/abierto, en desarrollo/desarrollado, prelógico/lógico, mito-poético/lógico-empírico, abstracto/concreto, científico/mítico, etcétera), pero lo llamativo acaba siendo precisamente la estructura misma de pares con lo que de simplificador y de extremado contraste tienen, algo que, desde otra perspectiva, resulta muy poco histórico si por historia entendemos proceso y cambio.

Afortunadamente, la pretensión de Olson no es simplemente la de ofrecer un nuevo par (metonimia/metáfora), que además, en el resto de la obra se transforma rotundamente en ágrafo/letrado, para añadir a la lista buscando un nuevo matiz en la definición del contraste. Su trabajo se dirige más bien a perfilar y refinar la caracterización de esos procesos de cambio cognitivo a lo largo de la historia centrándose en los efectos cognitivos que la escritura y la cultura escrita han hecho posibles y necesarios. Muy apretadamente, porque como hemos dicho resultaría absurdo e imposible resumir su argumentación, y con riesgo, porque dicha argumentación está cargada de matices, vamos a intentar entresacar lo que parece una fibra importante.

En primer lugar, se formula la hipótesis según la cual los enunciados orales tienden a indicar lo que se dice y cómo debe ser interpretado, esto último en buena parte también mediante la prosodia y rasgos paralingüísticos. En cambio, los enunciados escritos representarían únicamente lo primero, es decir, lo que se dice sin el acompañamiento de un grado equivalente de especificación acerca de cómo debe ser interpretado. Es decir, que, en términos de la teoría de los actos de habla, la escritura representa fácilmente el acto locutivo pero pobremente (de manera subespecificada) la fuerza ilocutiva. Eso significa que lograr control precisamente sobre ese aspecto ilocutivo habría constituido una tarea importante a lo largo de la historia de la cultura escrita. Los logros al respecto llevarían aparejados cambios significativos de índole conceptual.

Olson parece asumir lo que considera una hipótesis fundamental de la lingüística antropológica: en principio al menos, "todas las lenguas humanas son capaces de expresar cualquier pensamiento" (op. cit. pp. 120). No hay, por lo tanto, lenguas primitivas. Eso parecería que va contra la pretensión de atribuir una importancia psicológica añadida al desarrollo histórico de la escritura y la cultura escrita. Olson, por otra parte, no parece querer adscribirse a ninguna de dos posiciones con respecto a si los miembros de culturas orales tienen o no los mismos recursos conceptuales y lingüísticos que los miembros de culturas letradas, aunque al final sea hacia eso precisamente a lo que apunta. Algunos (desde Levy-Bruhl hasta McLuhan) habrían supuesto que la ausencia de una forma lingüística en una cultura oral denotaría la ausencia de la estructura conceptual correspondiente. Otros (Finnegan, Sperber y otros antropólogos) sostendrían que las culturas orales y las letradas son capaces de las mismas distinciones. Olson parece querer pasar por en medio de esas dos posiciones, algo realmente difícil si es que es posible: "ambas corrientes pueden estar en lo cierto. La escritura agrega menos de lo que explica". ¿Qué explica? Recurramos, para responder, a una cita un poco más larga:

"La historia de la cultura escrita (...) es la lucha por recobrar lo que se ha perdido en una simple transcripción. La solución es transformar las propiedades no léxicas del habla, como el acento y la entonación, en propiedades léxicas; así se anuncia si una proposición debe interpretarse como una suposición o una inferencia o si debe tomarse metafórica o literalmente. Pero al hacerlas explícitas, es decir, representándolas como conceptos, y marcándolas en una lengua pública, esas mismas estructuras se transforman en objetos de reflexión. Esto hace posible lo que puede considerarse pensamiento y discurso letrado" (op. cit. pp. 135)

Así que determinado tipo de conceptos, digamos que más sofisticados que otros (aunque esto no lo dice directamente el propio Olson), habrían surgido de la necesidad de explicitar por escrito aspectos que en la comunicación oral serían innecesarios, dado que la fuerza ilocutiva sería transmitida por rasgos prosódicos y paralingüísticos. Esa necesidad de explicitar habría conducido a la necesidad de inventar nuevos verbos y nuevos conceptos. Ejemplos de tales conceptos serían los de "literal", "metafórico", "implicar", "insistir", "conjeturas", "afirmaciones", "implicaciones", y algunos otros. Según Olson, "estos son los elementos a partir de los cuales se ha construido la epistemología moderna" (op. cit. pp. 132). El tipo de respuesta que se apunta a la cuestión de la historia de la cognición es congruente con el modo en el que la pregunta ha venido a formularse. Se buscaba, o se suponía, la posibilidad de una historia del pensamiento basado en símbolos, de los recursos simbólico-conceptuales para el pensamiento. Donde aparecen nuevos conceptos se tiene evidencia de una categorización enriquecida acerca de un determinado ámbito referencial.

Y algunos de esos nuevos conceptos se refieren precisamente a la propia actividad mental. Se trata de verbos realizativos y de modalidades epistémicas (implicar, suponer, hipotetizar, predecir, interpretar...) "que han desempeñado un papel importantísimo en la psicología y la filosofía cognitiva" (op. cit. pp. 132). Habrían surgido de la necesidad de aclarar el significado en la escritura. No pudieron surgir, porque no hubo necesidad, en culturas orales.

## CIERRE

Hay una frase casi suelta en el texto de Olson que venimos examinando que, a mi modo de ver, sintetiza mejor que muchas otras la dimensión teórica de las propuestas del autor. En ese sentido, es casi una definición de los márgenes en los que nos podemos mover al hablar de una historia de la cognición tal como la concibe: "La distancia entre lo primitivo y lo moderno es sutil pero significativa" (pp. 50). Decíamos antes que Olson camina por el filo mismo de una expresión como la de "modos de pensamiento" que denota tanto un conjunto de creencias, y en ese sentido está muy próxima a la noción de mentalidad (véase Burke, 2000, al respecto), como la actividad misma de pensar, entendida como proceso y función. Tendemos habitualmente a disociar ambas cosas, incluso disciplinadamente. De estudiar "lo pensado" se ocupan, de distintas maneras, la historia de las ideas, la historia de las mentalidades, la historia de la filosofía, la historia de la ciencia o la sociología descriptiva. De estudiar "el pensar" como función o actividad se encarga la psicología. Olson no acepta esa distribución del trabajo, se mueve a ambos lados del filo y sugiere que las novedades conceptuales tienen repercusiones en el proceso, que no puede deslindarse de los contenidos. En ese difícil equilibrio está muy posiblemente siguiendo a su maestro. Ya Goody había sugerido la necesidad de disolver la escisión entre ambos aspectos de la cuestión: "Usando las palabras 'pensamiento' y 'mente' me refiero a lo que podría ser descrito más técnicamente como el contenido y el proceso de la cognición. Considero como axiomático el que estos dos aspectos están muy estrechamente entrelazados, así que un cambio en uno supone un verosímil efecto de cambio en el otro" (op. cit. pp. 48). Cuando eso se relaciona con los factores que pueden producir la transformación, como la escritura a lo largo de la historia, la misma idea se formula de un modo quizá más conspicuo: "veo la adquisición de estos medios de comunicación como transformando efectivamente la naturaleza del proceso de conocimiento, de manera que lleva a una disolución parcial de las fronteras erigidas por psicólogos y lingüistas entre capacidades y representaciones" (op. cit. pp. 28).

No creo que a los psicólogos (ni a nadie) nos convenga despreciar lo significativo aún siendo sutil, o mejor dicho, lo sutil si es que es significativo. El título de este trabajo se interroga acerca del sentido de indagar en la historia de la cognición. Como se puede suponer, la respuesta a la pregunta es que, visto un trabajo como el de Olson, no sólo tiene sentido sino que, y probablemente es lo más importante, proporciona sentido y amplía las esferas de lo psicológico.

### Referencias Bibliográficas

- Burke, P. (1997/2000). *Formas de historia cultural*. Madrid: Alianza.
- Cole, M. (1999). *Psicología cultural*. Madrid: Morata.
- Cole, M. y Scribner, S. (1974/1977). *Cultura y pensamiento. Relación de los procesos cognoscitivos con la cultura*. México: Limusa.
- Cubero, M. (1997). *Escenarios de actividad y modos de pensamiento: un estudio sobre la heterogeneidad del pensamiento verbal*. Tesis doctoral, Universidad de Sevilla.
- Garnham, A. y Oakhill, J. (1996). *Manual de psicología del pensamiento*. Barcelona: Paidós.
- Goody, J. (1977/1985). *La domesticación del pensamiento salvaje*. Madrid Akal.
- Levy-Bruhl, L. (1923/1972). *La mentalidad primitiva*. Buenos Aires: La Pléyade.
- Levi-Strauss, C. (1966/1984) *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Olson, D.R. (1994/1998). *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*. Barcelona: Gedisa.
- Varela, F.J., Thompson, E. y Rosch, E. (1992) *De cuerpo presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*. Barcelona: Gedisa.
- Vygotski, L. S. (1933/1995). *Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores*. En Obras Escogidas, tomo III, Madrid, Visor.
- Whorf, B. L. (1956). *Language, thought and reality*. Boston: MIT Press.
- Wundt, W. (1911/1990) *Elementos de psicología de los pueblos*. Barcelona: Alta Fulla.